

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

La selección de reseñas de libros que ofrecemos al lector en el presente número de “Cuenta y Razón” aparece encabezada por dos libros generales acerca de la Historia contemporánea española con una apostilla a un libro de menor importancia pero que trata de una cuestión importante. A continuación se incluyen tres libros que tratan, desde perspectivas muy distintas, el pasado más reciente y uno más sobre la relación entre España y Europa desde la óptica de los grandes intelectuales españoles.

Finalmente se incluyen otros libros que tratan de la pluralidad española desde una óptica que, siendo contradictoria, resulta además errada en opinión del autor de estas páginas.

JAVIER TUSELL

Historia contemporánea

En los últimos meses como consecuencia del ya inminente fin de siglo han abundado las reflexiones globales acerca de él desde una perspectiva española.

En “*Tuñón de Lara y la historiografía española*”, edición al cuidado de José Luis de la Granja, Alberto Reig y Ricardo Miralles, Madrid, Siglo XXI, 1999, la evocación de un historiador muy conocido da pie para tratar de muchas e importantes cuestiones de Historia contemporánea

española. Al libro quizá el lector se acerque con una cierta prevención cuya causa sería la abundancia misma de publicaciones acerca de Tuñón de Lara desde el momento de su muerte. Se puede, por tanto, tener la impresión de que una nueva resulte prescindible o desemboque en el género

hagiográfico. Pero no es así. En realidad en el nuevo volumen encabezado por la figura del historiador desaparecido nos encontramos, por un lado, con una valoración de su obra en la que hay interpretaciones inteligentes e incluso algunas otras que, siéndolo, también añaden matices críticos y, por otro lado, aparecen también algunas interesantes glosas acerca del presente estado de los estudios históricos acerca del siglo XX español.

El papel más importante de Tuñón de Lara, desde el punto de vista de la conciencia acerca de sí misma de la sociedad española y también desde el historiográfico, reside en la recuperación de la memoria. Su obra no partió de la tarea monográfica previa y, como revelan los ensayos de Pérez Ledesma y Aróstegui, en realidad, tampoco supuso verdadera innovación metodológica perdurable además de que tuvo importantes huecos temáticos impuestos por las ausencias bibliográficas pero también por un cierto despegue ante parte de las temáticas centrales de la España del siglo XX. El mérito de Tuñón fue aglutinar, de una forma muy laxa, un entorno atraído por un izquierdismo generacional y una decidida voluntad de tratar cuestiones de pasado reciente que en una época fueron consideradas un peligroso tabú por los medios académicos instalados. Además fue un historiador cuya trayectoria no ofrece la menor duda de un

notorio progreso: el contenido de sus libros divulgativos iniciales resulta más que discutible pero fue capaz de apreciar a quienes estaban distantes, de explorar muchos caminos nuevos o de incitar a otros a hacerlo. En cierta manera se puede decir que fue un sólido cimiento del consenso historiográfico en que hoy nos encontramos. Lo que nos falta, para comprender bien su puesto en el conjunto de la historiografía del siglo XX, no es tanto señalar su papel como el de otros. Granja, por ejemplo,

señala con razón que a Caro Baroja le corresponde el mérito de ser el padre de la historiografía vasca del siglo XX. Ahora debiéramos reconstruir el papel de los Artola, Jover y Seco, probablemente tanto o más influyentes a medio plazo que Tuñón.

Por lo demás, el examen de la historiografía del siglo XX tiene mayor interés en los aspectos regionales y temáticos que en los cronológicos. Resulta excesivo presentar este conjunto como una “edad de plata” pero no es demasiado autocomplaciente describirlo como muy satisfactorio. Un dato, que no aparece en el libro pero que es evidente, sirve para confirmarlo. A pesar de lo que pueda pensar el gran público, parece evidente que las grandes aportaciones que hoy aparecen nacen de historiadores españoles y no extranjeros, como en el pasado.

En cuanto a *Juan Pablo Fusi*, *José Luis García Delgado*, *Santos Juliá*, “*Un siglo de España*”, *Madrid, Marcial Pons, 1999*, puede ser descrito como un brillante panorama acerca de la trayectoria española durante un siglo realizado por tres de los mejores especialistas.

Juan Pablo Fusi ha señalado, con toda razón, el importante papel que en la evolución de la cultura española reciente ha jugado la meditación sobre el propio pasado inmediato. En el transcurso de un tercio de siglo

los españoles se han hecho dueños de su Historia estudiándola de forma pormenorizada y con el máximo rigor metódico. Todavía el público sigue pensando que hace falta ser anglosajón para opinar sobre España con imparcialidad, pero desde hace tiempo ese juicio resulta por completo insostenible. Las grandes innovaciones, en el saber y en el interpretar, han nacido, en esta materia, de españoles.

Lo prueban los tres libritos que acaba de editar Marcial Pons. Han sido escritos por historiadores de edad semejante: todos ellos tienen una obra nutrida, de intereses cronológicos y temáticos muy variados. Desde hace años han ido decantando una interpretación que está a años luz de la existente a mediados de los sesenta, cuando iniciaron su trayectoria como historiadores. Ahora, en una ocasión tan singular como el fin de siglo y de milenio, se la ofrecen al lector no sólo como resumen de un saber sino también como oferta de una interpretación generacional. El conjunto de esta obra ofrece poderosos atractivos para la reflexión colectiva de los españoles y nos sitúa a los historiadores en una especie de rellano desde donde echar la vista atrás y adelante en el curso de nuestro ascenso hacia el mejor conocimiento de nuestro siglo XX. Cualquier cosa que en adelante se escriba sobre el período habrá de tener en cuenta lo que se dice en estos

tres tomitos. Es lógico que así sea: estos tres historiadores, si no son los mejores, figuran

desde luego entre el puñado de los que merecen tal calificativo (sería difícil citar otros tres más con obra tan variada y rica en sugerencias).

El empeño, no obstante, es complicado y, como es lógico, los resultados no son idénticos aunque siempre brillen a gran

altura. En mi opinión, el tomito de García Delgado es el que resulta más redondo. Se explica porque él ha hecho contribuciones monográficas de primera importancia en la Historia económica de cada una de las etapas de que consta nuestro siglo XX. En este libro las resume pero, además, añade reflexiones de carácter ensayístico e interpretativo — hay una, magistral, comparando el desarrollo económico español con los tiempos de una sinfonía— y haciendo aparecer ocasionalmente la imprescindible perspectiva exterior. Juan Pablo Fusi ha tenido ante sí la tarea más complicada. La Historia de la Cultura es siempre el resultado de una síntesis de realidades muy dispares en que no resulta sencillo encontrar una línea de continuidad interpretativa. De los tres libros, éste es el más novedoso y el que mejor sirve de punto de partida para cuanto a partir de ahora se escriba. Pero inevitablemente hay lagunas — las políticas culturales, por ejemplo—, algún punto de vista discutible y excesos de enumeración de autores y obras que ocupan en ocasiones hasta cuatro y cinco líneas. En cuanto a Santos Juliá se ha encontrado con un problema de difícil solución. La historiografía política del siglo XX español es inundatoria y esta especialidad exige, si se quiere resguardar el hilo de la narración, una extensión superior a los tomos ya mencionados. Tratar, además y al mismo tiempo, de la evolución social resulta casi

imposible. Pero la inteligencia analítica de Juliá la hace capaz de ofrecer una serie de brillantes retratos sucesivos de los distintos regímenes que España ha tenido en el presente siglo.

Si algo se debe reprochar a estos tomitos de Marcial Pons es, sobre todo, el plan de conjunto. Esta nueva editorial dedicada a la Historia ha alcanzado en los seis tomos hasta ahora aparecidos un nivel de calidad difícilmente superable combinando los textos de grandes maestros, como Jover, con aportaciones monográficas de primera importancia —el libro de Bahamonde y Cervera acerca del final de la guerra civil— y con reedición de las memorias de Romanones. Pero resulta dudoso que el plan editorial de estos libros proporcione una panorámica completa del siglo XX español. Quizá hubiera sido más lógico dividirlo en períodos cronológicos con los que aparecería más clara la relación entre los diferentes planos de la actividad humana; es lo que se ha hecho en la “Nouvelle Historie de la France contemporaine” de Seuil. Hubiera sido necesario, además, ampliar un tanto el espacio concedido a los autores y enmendar huecos que son muy importantes. España no ha sido una gran potencia en el siglo XX pero no se entiende su pasado (ni su presente) sin dedicar el espacio necesario a su política exterior.

Si estos dos trabajos merecen principalmente alabanzas, otra cosa cabe decir de *Rafael Borrás Betriu*, “*Los últimos Borbones. De Don Alfonso XIII al príncipe Felipe*”, Barcelona, Flor del Viento Ediciones S.A., 1999, que obedece a un planteamiento merecedor de crítica y que aquí se trae a ese título.

Para algunos la Historia no es una ciencia en manos de especialistas sino un procedimiento para dar opiniones sobre el presente argumentado con el pasado. Cualquiera, por tanto, puede pretender rotular sus libros como

si pertenecieran a esta ciencia: le basta enhebrar citas de otros para llegar a la conclusión prevista.

Borrás ha escrito dos libros sobre Alfonso XIII y Don Juan que demuestran su conocimiento de la bibliografía anterior. Carecen, en cambio, de cualquier novedad y abundan en mala intención respecto de los Borbones. Eso es legítimo como opinión pero muy anacrónico: está alejadísima de las preocupaciones de los historiadores actuales la idea de que personas concretas puedan haber sido los exclusivos culpables de procesos colectivos. Como opinión política, ser republicano tiene tras de sí argumentos de todo tipo. Hay quien llega a la República, como en este caso, desde Falange. Pero esto poco tiene que ver con la Historia.

Tras sus dos libros anteriores, Borrás resume en el presente sus conclusiones y se atreve con D. Juan Carlos y D. Felipe. No hay nada nuevo en su texto que merezca la pena reseñar a no ser una peculiar carencia de criterio respecto de las citas. La tesis es que la monarquía franquista se ha “transmutado” desde su origen franquista sin ser sometida nunca a referéndum. El editor utiliza el reclamo de que el libro es “políticamente incorrecto”; en realidad resulta, desde el punto de vista histórico y político, intrascendente.

El pasado reciente

Acerca del tiempo histórico más próximo se puede escribir con la precisión del historiador o con la voluntad de intentar un balance personal. El libro de *Josep Benet, "Carles Rahola afusellat"*, Barcelona, *Empuries*, 1999, pertenece a la primera categoría, pues gracias a un concienzudo estudio sobre la muerte del intelectual catalán Carles Rahola ofrece, en realidad, el testimonio de toda la brutalidad de la represión en la posguerra.

Fue Josep Pla quien dijo que el fusilamiento de Carlos Rahola era increíble, pero un historiador que, desde el presente, examine la cuestión puede interrogarse acerca de si verdaderamente el hecho merece este calificativo. En realidad no hay nada en el caso de Rahola que resulte, en lo sustancial, diferente de lo que aconteció a otros, pero el adjetivo parece oportuno de cara a la perplejidad muda y aterrorizada que debieron sentir los habitantes de Gerona al conocer la desaparición de este ilustre ciudadano suyo.

Josep Benet no tiene una trayectoria convencional en su dedicación a la Historia, pero todos sus libros brillan por encima de la media que los profesionales suelen ser capaces de conseguir después de muchos años de dedicación a la docencia y a la investigación. Ha tratado muchas cuestiones, todas ellas decisivas, y lo ha hecho con un enorme esfuerzo de erudición. En este libro, como en otros sobre Historia reciente, hay,

además, una decidida voluntad de evitar el posible componente de ajuste de cuentas con el

pasado para lo que cuanto se relata da motivos sobrados.

Rahola no era un político sino un intelectual que escribió durante la guerra casi en exclusiva sobre materias históricas, aunque trasluciendo su identificación con la causa republicana. Era una

personalidad muy respetada por todos en Gerona y eso le permitió salvar a algunos sacerdotes en la siniestra persecución religiosa de la retaguardia republicana. Aunque su posición fuera clara y nítida, da la sensación de que los propios gerundenses de derechas le animaron a que se quedara allí, ya que en un principio se había dirigido buscando exilio tras la frontera francesa. Pero fue detenido y el primer cargo que contra él se hizo fue haber sido avalado ante las autoridades republicanas por su propio hermano para poder seguir teniendo en sus manos una radio.

Cuando fue juzgado su caso en apenas nada resultó diferente del de tantos otros. Le culparon de "rebelión militar", por haber estado al lado de la República, y de separatismo, cuando sólo era catalanista. Su defensor apenas tuvo unas horas para preparar su alegato a pesar de lo cual consiguió reunir los testimonios favorables de algunas personalidades relevantes de derecha a favor del acusado. Su caso fue tratado con otros cinco sumarísimos contra personas juzgadas por motivos que nada tenían que ver (por ejemplo, guardias civiles fieles a la República). El fiscal no presentó pruebas ni testimonios. El juicio duró una hora y entre los agravantes que pesaron en contra de Rahola hubo el de su calidad intelectual y el de la presunta influencia en los medios políticos republicanos que le había permitido salvar

vidas en la retaguardia. Como todas las sentencias de muerte, se comunicó la suya al asesor jurídico de Franco; el hecho de que se retrasara la decisión de éste hizo que se pudiera pensar en el indulto. Pero no llegó y Rahola fue ejecutado a las pocas horas del “enterado” del Caudillo.

Estos hechos escuetos deben ser conocidos, en especial teniendo en cuenta que este año se cumple el sesenta aniversario de la luctuosa decisión y de su cumplimiento. Presentándola en unos términos históricos estrictamente adecuados, Benet presta servicio muy oportuno no sólo a la reconstrucción de la verdad, sino también a la memoria colectiva acerca de la dictadura.

Lo mismo se puede decir de los autores de dos libros de memorias recientemente aparecidos. En *Jordi Solé Tura, “Una historia optimista”, Barcelona, Edicions 62, 1999*, descubrimos un excelente memorialista no sólo por su experiencia como militante comunista, sino por el retrato que ofrece de una sociedad; en este sentido no resulta tan distante del anterior.

Cuenta en este libro Jordi Solé Tura que, siendo ministro de Cultura, quiso auspiciar desde su responsabilidad administrativa una iniciativa destinada a promover la redacción de memorias personales, incluso por parte de personas cuya relevancia pública haya sido

mínima. Este hecho denota una preocupación que le honra pero también una sensibilidad que le ha convertido en un excelente memorialista. Solé conoce el género, es capaz de ver su trayectoria biográfica desde una perspectiva a la vez sincera y, en parte, externa, y es un intelectual y un político al mismo tiempo, coincidencia poco habitual. Aunque en las páginas de este libro no existen propiamente rasgos de humor, a veces aparece destilada una suave ironía y, sobre todo, un evidente gusto por el matiz, tan ausente de forma habitual en los textos de quienes tan sólo se dedican a

la política profesional. El resultado es un libro de calidad, probablemente el mejor que ha escrito su autor. Si hubiera que compararlo con otras memorias quizá el paralelo más obvio lo encontraríamos en el caso de Miguel Herrero: hay en ambos idénticas inteligencia, ausencia de megalomanía y sutileza irónica.

Pero la biografía de ambos ha seguido trayectorias muy dispares. Procedente de medios izquierdistas, Solé ha guardado en su memoria el recuerdo de la derrota de la República y de sus familiares esposados camino a la prisión; para él, además, los años de la posguerra fueron opresivos por el entorno y dominados por la tristeza. Trabajador manual y estudiante tardío, desde 1956 militó en el PSUC en donde muy pronto le correspondió una posición dirigente. Su viaje a Praga en 1958 aparece narrado ofreciendo una imagen muy interesante del abismo existente entre unos comunistas del interior, muy conscientes de sus limitaciones y poco entusiasmados con la URSS, y la dirección del exterior en la estricta antítesis de estas posturas. Exiliado en 1959, Solé ofrece también el interesante testimonio de quien vivió por dentro, en Rumanía, la vida de la clandestinidad desde los micrófonos de Radio España Independiente. De su narración de los años sesenta quizá lo que merece más la pena es detenerse en la descripción de la génesis y talante de “Bandera Roja”, un grupo político que utilizó procedimientos nuevos y que,

además, fue capaz de reunir a un número de dirigentes de calidad excepcional. Sin revelaciones espectaculares sobre el comienzo de la transición ofrece juicios ponderados e inteligentes.

Al lector sólo medianamente versado en Cataluña quizá le sorprenda el sentimiento nacional que aparece de forma meridianamente clara en este libro (incluso en el recuerdo de la imposición del castellano en la posguerra). Creo que es más auténtico que la interpretación, un tanto mecanicista y simplificadora, que dio Solé a fines de los sesenta en un libro de éxito, “Catalanismo y revolución burguesa”. El amante del periodismo y de la historia política verá con asombro que el autor de este libro es el único ejemplo de excomunista que no arregla cuentas con Carrillo (quizá porque lo comprende bien y eso le hace escribir párrafos no exentos de admiración). Esas sorpresas, mucho más que la minucia anecdótica, son la sal del género memorialístico y convierten a éste en un libro redondo en su género.

En *Julio Busquets, “Militares y demócratas”, Barcelona, Plaza y Janés, 1999*, se aborda un aspecto que hasta el momento apenas ha tenido tratamiento memorialístico ni tampoco más allá de los reportajes periodísticos. Las memorias de este antiguo dirigente de la UMD ofrecen, en efecto, perspectivas novedosas acerca

del aspecto más oscuro en la vía española a la democracia.

Resulta probable que no haya que hacer caso a parte de las afirmaciones que hace el autor, a veces demasiado obsesivo o conflictivo, y, en alguna, además, no por completo preciso, pero este libro, publicado cuando se cumplen cinco lustros de la fundación de la Unión Militar Democrática, versa sobre aquel aspecto de la transición sobre el que perduran más zonas desconocidas en el momento actual. Durante años los historiadores hemos asegurado que sólo un puñado de altos mandos se opuso a la conversión de España en una democracia. La realidad es que la resistencia fue mucho mayor y que los sectores propicios a ella se sintieron minoritarios durante mucho tiempo por más que la joven oficialidad estuviera muy lejana de las actitudes del generalato que había participado en la guerra civil.

Así se aprecia en lo reducido de los núcleos disidentes en el seno del Ejército español. Nacieron, como deja claro Busquets, en el seno de un catolicismo a la vez exigente, originariamente no democrático y preocupado por la realidad social circundante. De “Forja”, un grupo de esta significación surgido en los años cincuenta, surgieron los cuadros dirigentes de lo que había de ser la posterior UMD cuya configuración definitiva fue muy tardía, ya en el final de la dictadura. Resulta muy significativo que surgiera en

Barcelona, donde la sociedad estaba muy alejada de las pautas culturales del régimen, y que apareciera en medios en contacto con la universidad. Los incidentes, manifestos, sanciones y reuniones de los que da cuenta Busquets testimonian que el peso en la oficialidad de quienes estaban dispuestos a arriesgar la carrera profesional por la democracia fue reducido: el cómputo de nuestro autor no ofrece más allá de 200 oficiales, la mayor parte de ellos capitanes. Este carácter reducido, no obstante, hace pensar que había un núcleo mucho más amplio dispuesto a adaptarse a

un nuevo entorno político o de contribuir a él aunque fuera desde una actitud más pasiva. Otro dato importante, poco contestable, es que la UMD no pensó nunca en sublevarse o emplear la violencia y finalmente se autodisolvió. Pero quizá la actitud de otros dirigentes de la misma —Otero, por ejemplo— estuvo menos identificada con el ideario democrático de lo que admite Busquest. No tendría nada de particular, pues, a fin de cuentas, no fueron pocos los que en aquellos momentos optaron por el radicalismo izquierdista.

Más interesante aún que la narración del autor acerca de la clandestinidad antifranquista es su descripción de la lenta adaptación legal del marco militar a la democracia. Durante la etapa constituyente y de gobierno centrista fue poquísima la obra legislativa aprobada. La incógnita radica en hasta qué punto cualquier movimiento hubiera producido una reacción contraproducente o, en sentido contrario, hubiera favorecido una evolución positiva. En principio el lector optaría por lo segundo, pero el propio texto de Busquets no hace otra cosa que confirmar las dificultades del cambio en el Ejército español: no parece haber tenido en absoluto el apoyo de Narcís Serra en la fase en que a éste le correspondió llevar a cabo una transformación que fue ya definitiva pero que no dejó de ser lenta y quizá más problemática de lo que apareció al exterior.

Por todas las razones apuntadas este libro es importante, aunque no definitivo. Hay que esperar que en un plazo no muy lejano otras memorias se unan a las reseñadas y que se escriban también libros de especialistas en Historia militar. Hasta el momento hemos tenido un exceso de interpretaciones comparativas sobre la actitud de los militares españoles durante la transición —el libro de Agüero, por

ejemplo— cuando nos falta el conocimiento real y preciso de lo sucedido, al que este libro contribuye de forma importante.

Pensar en Europa desde España

El de José María Beneyto, *“Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX”*, Madrid, Taurus, 1999, es un libro no perfectamente logrado, pero en él se examina la meditación acerca de Europa de importantes intelectuales españoles. Es esta una cuestión de extremada importancia y actualidad que desde hace tiempo merecía una publicación.

Tiene razón Beneyto, por tanto, cuando afirma que el ensayo español ha tenido, desde comienzos de siglo, como uno de sus ejes principales la meditación acerca de Europa y cuando, además, añade que ésta ha sido una de las escasas empresas colectivas del mundo actual cultural español en esta etapa, quizá la más importante. Su libro recorre con el eje de esta temática el conjunto del pensamiento español del siglo XX. La cuestión es importante pero el tratamiento no llega a estar a la altura exigible.

Costa fue quien en primer lugar abordó la europeización como una exigencia frente al latente peligro de “africanización”. Ganivet, por su parte, se convirtió en un ardiente defensor del ideal contrario de la “españolización”, entendida como pertenencia a una especie

de “misticismo senequista” que formaría la sustancia de lo nacional. Según Beneyto, en Unamuno habría dos posiciones sucesivas: una primera proclive a la defensa de la europeización y otra segunda, contraria, separadas por la crisis espiritual de 1897. De ahí su tesis favorable a la “españolización de Europa”. Ortega, en cambio, como toda su generación, habría sido un ardiente defensor de la idea de Europa a la que vería capaz de evitar los “temperamentos confusionarios” de quienes le contraponían la preferencia por lo español. La voluntad europeísta le llevó a Ortega a ver esperanzas en el nacimiento de una Europa unida tras la segunda guerra mundial: según él, lo que se presenciaria en este momento es una mezcla entre una agonía de Europa y un resurgir, algo así como “un crepúsculo matutino” por decirlo con un lenguaje paradójico. Por su parte, Madariaga ve la idea de Europa en la conjunción entre unidad y diversidad, propicio como fue a ver en cada lengua un insoslayable espíritu nacional. Esto, así como la idea de que Europa no puede ser tan sólo una unidad económica sino una “fe”, se aprecia también en Marías que insiste en lo que Europa ha tenido siempre de proyección hacia el futuro. Para Laín la europeización fue siempre una empresa fundamental de la “tercera España”. En Zambrano nos encontramos con la idea de Europa como empresa de

humanización y de desarrollo de una democracia más perfecta.

Lo que evita que el libro de Beneyto sea redondo es, en primer lugar, que trata de abordar el conjunto de la obra de estos ensayistas, con lo que siempre ofrece una visión demasiado simple, y evita dedicar bastante espacio a la idea de Europa en ellos. Además hay que tener en cuenta que Europa no sólo es modernización, sino en otros autores no mencionados —como D’Ors o Maeztu— es también reacción. Unamuno no cambia de postura sino que siempre propende a la paradoja. Hay, en fin, que tener en cuenta que la idea de Europa significa algo muy diferente según las épocas: no es lo mismo antes o después de la segunda guerra mundial. Finalmente este meritorio intento se queda en unas fechas demasiado alejadas del presente, en que este tema de meditación todavía perdura.

La controversia sobre la pluralidad española

Desde hace una década y más aún durante los últimos años, el debate acerca de la pluralidad de España en su pasado y en su presente constituye una cuestión del máximo interés. Son abundantes los libros que sobre el particular se han escrito y sin duda éste es un filón que por el momento no parece agotarse. Como es lógico no todo lo que se publica tiene la misma calidad. En las páginas que

quedan haremos mención a tres títulos recientes que se caracterizan por dos elementos negativos: no están a la altura de la grave cuestión de que tratan y no pretenden en absoluto una solución de concordia.

En el de *Víctor Alexandre*, “*Jo no soc espanyol*”, *Barcelona, Proa, 1999*, se recorre con gran velocidad, desde una perspectiva catalana, el camino que va desde el masoquismo al independentismo. Ni lo uno ni lo otro parecen actitudes responsables o merecedoras de respeto.

El libro de Alexandre es importante y merece la pena someterlo a lectura por dos razones principales: ha obtenido un éxito fulgurante en Cataluña, donde permanece a la cabeza de los más vendidos, y expresa el punto de vista de una parte de la opinión catalana sobre temas importantes. Su planteamiento tiene un lógico interés al tratarse de una entrevista a una veintena de personas, todas valiosas, que declaran su desvinculación absoluta con respecto a España. Al pasar la última página la sensación predominante es la de desazón, pero no porque se juzgue que el independentismo sea indefendible desde una óptica democrática o por la consabida irritación que provocan en Madrid actitudes de los nacionalistas periféricos, sino por los argumentos utilizados que van en contra de lo que es y ha sido la línea vertebral del catalanismo en el pasado y en el presente.

Se puede pedir un referéndum de autodeterminación pero conviene, de cara al momento en que se realice, librarse de constataciones de hecho que van en contra de la evidencia, de olvidos del imprescindible respeto a la opinión de los demás y, sobre todo, de actos de masoquismo. Tanto el entrevistador como el entrevistado parten de supuestos que se contradicen con la realidad palmaria. Aseguran, por ejemplo, que el 80 por ciento de los votantes vascos son independentistas, describen al Foro Babel como el producto de una “instigación” por parte —se

supone— del más turbio españolismo o niegan la más mínima experiencia de españolidad cuando sus palabras testimonian que no se corresponde con la realidad (da la sensación, más bien, de que son españoles que quieren dejar de serlo). Recurren a fórmulas simplicísimas que cualquiera que sepa un poco de algunas ciencias elementales constata como falsas. Ningún historiador describiría a Cataluña como una

“colonia” de España, ningún lingüista diría que el castellano es lengua “accidental” allí, ningún economista resumiría la relación entre Cataluña y el resto de España en los 3.000 millones que salen cada año de la primera en dirección a la segunda y ningún ser humano mínimamente observador de la realidad aseguraría que hay incompatibilidad entre dos identidades que pueden ser concéntricas, como ser catalán y español. Los entrevistados parecen querer subrayar la identidad propia, pero no respetan al otro: según ellos lo que domina en Valencia es “el caciquismo españolista predemocrático” y los deportistas catalanes deben aparecer en las pantallas de TV (no importa lo que ellos piensen). Para ellos el independentismo es también imperialismo: sólo tiene sentido una entidad que agrupe a todos los Países catalanes, pero no parece claro el deseo de consultar a los valencianos o baleares. Abundan los temores absurdos como, por ejemplo, a la “descatalanización” del Barça o al exceso de alemanes en Mallorca. También hay un exceso de confianza en tener un Estado propio, como si tener una embajada fuera tan útil o como si eso incrementara el respeto desde el exterior. Pero, sobre todo, los entrevistados dan la sensación de sentirse agobiados por el sufrimiento propio. Gran parte de las entrevistas vienen dedicadas a abominar del catalanismo gradualista de Pujol, a colocar a Maragall en la picota

o a tildar a Borrell de “apóstata”. Lo peor es culpar al “ejército español” de no poder realizar un referéndum de autodeterminación o considerar que España entiende mejor el “lenguaje vasco” (sic).

El libro de Alexandre revela que todas estas opiniones existen sin dar cuenta de lo que representan en la sociedad catalana. Conviene conocerlas, meditarlas y discutir las. De entrada la reflexión que se me ocurre deriva de una frase de Pla. Decía ésta que, respecto a Cataluña, la opinión más parecida a un españolista de derechas es un independentista de izquierdas.

Las opiniones transcritas en el libro de Alexandre encuentran su contrapartida en otros dos libros recientes escritos desde una perspectiva antagónica. Son libros de muy distinto propósito y temática pero coincidentes en abominar no sólo de los nacionalismos periféricos, sino de la idea misma de pluralidad. Para *Juan Ramón Lodares*, en *“El paraíso políglota. Historias de lenguas en la España moderna contadas sin prejuicios”*, Madrid, Taurus, 2000, España no es plurilingüe de forma espontánea ni debe, por tanto, serlo por reconocimiento oficial de las lenguas. Por el contrario había alcanzado ya una comunidad lingüística pero las circunstancias políticas a partir de la aprobación de la Constitución de 1978 han dado la vuelta a una situación que se podía considerar como positiva.

Para Lodares las lenguas minoritarias perduran como perdura el analfabetismo: por la

incuria y el retraso de las sociedades. El plurilingüismo no es ninguna ventaja; la comunicación de las colectividades humanas, el interés y el desarrollo concluyen con esa lacra. Cualquier manifestación de pluralidad en el pasado español le parece a este autor “antigualla política”, prejuicio carlista o prueba de

rusticidad. Eso vale para el pasado pero también para el presente. Vista su actitud ya se puede imaginar que los nacionalismos que promueven leyes de normalización lingüística le parecen abominables. Lo que produce perplejidad en un libro que pretende ser serio es que en él se compare a Jordi Pujol con José Antonio Primo de Rivera.

Sucede que en realidad en este libro abundan los gruesos errores históricos. Lo de menos es que se ningunee el hecho objetivo de la persecución de las llamadas lenguas minoritarias, pues de la cuestión ni se trata a lo largo de las páginas del libro cuando lo lógico sería abordarla con extensión. Lo grave es que incluso de pasada aparecen gazapos que alteran el sentido de acontecimientos bien conocidos. Todo catalán medianamente ilustrado conoce el incidente provocado a comienzos de los sesenta por Luis de Galinsoga, un director del principal diario barcelonés nombrado a dedo por el gobierno, cuando increpó a un sacerdote que había dicho la misa en catalán. Pues bien en este libro al susodicho sujeto se le cambia el nombre añadiendo un Martínez y convirtiendo en Galinsoga su apellido correcto. Lo más peregrino es que da la sensación de que el autor del libro parece creer en serio que el uso del catalán estaba normalizado durante esa época del franquismo en la predicación religiosa. No merece la pena citar más errores, pero en un libro en que la ironía del autor

empieza desde el mismo título no se pueden cometer tantos. Si no fuera porque contribuyen a la grave incompreensión entre los españoles merecería despacharlo con aquella descripción que hizo Blanco White de Carlos IV , “uno de esos benditos mortales que han nacido para ser felices en su ignorancia”. Pero la cuestión es grave porque la tesis fundamental del libro supone un ataque frontal no tanto a la legislación como a los sentimientos de ese cuarenta por ciento de los españoles que vive en una comunidad con otra lengua cooficial aparte del castellano.

César Alonso de los Ríos, en “La izquierda y la nación. Una traición políticamente correcta”, Barcelona, Planeta, 1999, radicaliza hasta el extremo el contenido de un libro anterior en que acusaba a los partidos de esa significación de no haber defendido los intereses culturales y lingüísticos de sus votantes. Lo que entonces era una crítica ahora es una traición pero el libro, que tiene algunos pasajes interesantes, se lanza de nuevo a un género de juicios históricos que resultan inaceptables por simplificadores. Sugiere que el nacionalismo sólo se fundamenta en intereses económicos y que durante el franquismo no existió oposición catalanista al régimen. En tono apocalíptico asegura que la España laica progresista y democrática ha sido asesinada no sólo por Franco sino por la propia izquierda. Los socialistas catalanes no serían otra cosa que

unos lerrouxistas muy peculiares sirviendo siempre intereses bastardos (los de unos nacionalistas que se apoderaron de un partido que hubiera debido comportarse de otro modo). El cultivo del catalán aparece en esta páginas como “expresión de inseguridad y odio”, la inmersión lingüística es “inhumana y genocida” y en la actualidad Cataluña está en pleno estado de desertización cultural. Además se condena a un futuro en que ni siquiera tendrá prosperidad económica como consecuencia de su empecinamiento nacionalista.

En su antagonismo radical estos tres libros son una buena prueba de incompreensión. Lo pésimo es que en otro tiempo estas actitudes eran minoritarias y propias de extremistas. Ha llegado, no obstante, el momento de preguntarse si no se estarán extendiendo tanto como para prometer un futuro de confrontación generalizada.